

oyentes! ¡Cuántos motivos de confusion encontramos en su preciosa historia! Cotejemos nuestra fe con la suya; hagamos un paralelo entre su constancia y la nuestra, y veamos si se halla algun punto de contacto que nos acerque á ese vivo modelo de virtud. Cuando el mundo nos propone goces, abundancia y felicidad; cuando nos convida á entregarnos á una vida muelle y deliciosa, ¿tenemos el suficiente valor para renunciar como Lucía á sus mentidas promesas, y despreciar sus halagos y lisonjas? ¡Cuántas veces sacrificamos nuestra fe ante una passion vergonzosa! ¡Cuántas veces abandonamos á Jesucristo por un vil deleite ó por un puñado de oro! ¡Cuántas veces exponemos nuestro eterno porvenir por no desprendernos de un ídolo que sabemos nos conduce á un inevitable precipicio! Aun cuando veces mil hayamos protestado al pié de los altares que Jesucristo es nuestro bien, nuestra dicha, nuestro tesoro, ¡cuán frecuentemente desmentimos nuestras palabras con nuestros procedimientos! Si él es nuestro bien, ¿por qué corremos con tanto ardor en pos de los bienes terrenales? Si él es nuestra dicha, ¿por qué envidiamos la prosperidad de los mundanos? Si él es nuestro tesoro, ¿por qué se apega nuestro corazon á las cosas visibles? Preciso es, católicos, que no estemos en contradiccion con nosotros mismos. Si queremos ser de Jesucristo, imitemos el desprendimiento, la humildad, la modestia y demas virtudes que admiramos en la santa vírgen Lucía; luchemos con el mundo y hagamos frente á todos sus engaños. Si deseamos permanecer inseparables de Jesucristo, seamos como ella constantes en la fe; confesémosla con decision cuando llegue el caso de hacerlo; y ántes que faltar á ella, tengamos valor para mirar con desprecio los tormentos y la muerte misma.

Préstanos tus auxilios, oh vírgen venturosa. Ayúdanos con tu intercesion á combatir contra ese mundo que de tantos modos nos ataca para separarnos de nuestro Dios. Recibe gustosa los homenajes que hoy rendimos á tu memoria, tan grata para nuestras almas; y en pago de este corto obsequio, alcánzanos una fe viva, eficaz, pronta, constante y decidida, y un amor ardiente, inviolable, íntimo y heróico: para que una vez unidos al dulce objeto de nuestros corazones, le sirvamos con fervor, le agradeamos en todo, y no nos apartemos de él ni en el tiempo ni en la eternidad.

SERMON

DE SANTA LUCÍA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE SANTANDER.)

Mulierem fortem quis inveniet!

Mujer fuerte ¿quién la hallará?

Proverb., c. 31. v. 10.

¿Es posible, cristianos míos, que el mas sabio de los reyes llegue á poner en duda si puede hallarse una mujer fuerte? Pues qué? ¿no ha visto el mundo prodigios de valor en las mujeres? ¿No las ha admirado capitaneando soldados, mandando ejércitos, ganando batallas, conquistando provincias, y llevando en sus vencedores estandartes el terror y espanto de todos sus enemigos? ¿Por ventura no se cuentan entre los prodigios de valor una Semíramis, reina de los babilonios, una Tomiris, princesa de los masagetas, una Artemisa, reina de Halicarnaso, las Amazonas y otras mujeres insignes, que esgrimian la espada en las batallas con no ménos valor que los hombres mas robustos? ¿Pues cómo dice Salomon que quién hallará una mujer fuerte? *Mulierem fortem quis inveniet?* Sin duda no estimaba por dignas de este nombre las que acabamos de nombrar, rodeadas de impenetrables escuadrones y valerosos soldados, que avanzando á los peligros, y arrancando los laureles á sus enemigos, los ponian á los piés de sus respectivas soberanas, no teniendo estas otra cooperacion en semejantes victorias que conseguirse á su vista, y tener la vanidad ó debilidad de apropiárselas. Podrá ser, oyentes míos, que así fuese. Pero á lo ménos direis, este defecto, si es alguno, no le hallaremos en Judit, que penetrando sola el formidable ejército de los asirios, degolló por sí misma al general Holoférnes,

dejándole yerto cadáver en medio de sus soldados. Tampoco le encontraremos en Jael, que con su mismo brazo penetró con un grueso clavo las sienas del soberbio Sísara, que había aposentado en su casa. ¿Estas á lo ménos no merecerán el renombre de mujeres fuertes? Qué sé yo, señores, que os diga. Es verdad que una y otra, animadas de una santa intrepidez, acabaron con dos enemigos los mas terribles y crueles que tuvo el pueblo escogido del Señor; pero si bien lo advertís, ambas tuvieron la precaucion de acometer á sus enemigos cuando se hallaban sumergidos en el mas profundo sueño. Si á rostro firme, si á cara descubierta, como se dice vulgarmente, si brazo á brazo, y estando despiertos, les hubieran acometido y arruinado, entónces sí que no tendria dificultad en apellidarlas mujeres valerosas, mujeres intrépidas, mujeres fuertes, dignas de perpetuar su memoria por toda la dilatada carrera de los siglos.

Pues ved aquí, gracias al cielo, que hoy hemos hallado una mujer adornada de las cualidades y apreciables prendas que deseaba Salomon en la mujer fuerte: vemos una mujer no rodeada de brillantes escuadrones, como las Tomiris y Artemisas: no venciendo á sus enemigos aletargados con la embriaguez y el sueño, como las Judites y Jaeles, sino acometiendo sola y desarmada á unos enemigos terribles é irreconciliables: una mujer en fin que vence al mundo con el desprecio de sus riquezas, sus dignidades y sus máximas: que vence sus pasiones con la oracion y el ayuno; y triunfa del demonio y sus ministros con la fe y fortaleza. Esta es, cristianos míos, santa Lucía, que hoy nos propone la iglesia por objeto de nuestros cultos y veneraciones. Ya lo he dicho: esta invencible mártir de Jesucristo, esplendor de Siracusa, su patria, ejemplar de todas las virtudes, y gloria del género humano, es la mujer fuerte que tanto dificultaba hallar el sabio rey Salomon cuando decia: *Mulierem fortem quis inveniet?*

Yo me propongo pues formar su elogio bajo este hermoso dictado de la mujer fuerte. La vereis acometiendo y venciendo los enemigos de nuestras almas, mundo, demonio y carne, y consiguiendo las mas ilustres coronas. En tres palabras teneis aquí todo el fondo, division y serie del panegírico de santa Lucía. Escuchadlas bien, y no las olvideis jamas: tres enemigos que acomete, tres victorias que consigue, y tres coronas

que alcanza, son el asunto. Mas no penseis, cristianos míos, que Dios nos ha traído á este santo templo para solo admirar los prodigios de valor de esta mujer fuerte: no, señores. Los mismos enemigos que ella venció tenemos nosotros forzosamente que vencer, sopena de eterna condenacion. Así que, siguiendo el espíritu de nuestra madre la santa iglesia en las celebridades y fiestas de sus santos, yo os la propongo como modelo y ejemplar, á quien podeis seguir, y á quien debeis imitar. En esta inteligencia espero formar un elogio no ménos agradable y glorioso á la santa, que útil y provechoso á nosotros. Pero ya es tiempo de cumplir lo que tan repetidas veces tienen mandado los preladados de la iglesia, de que expliquen los predicadores un punto de doctrina cristiana en todos los sermones: expliquémosle, y sea sobre la invocacion de los santos.

Si yo, señores, predicara á los herejes calvinistas, luteranos, wiclefistas, iconoclastas y albigenes, que niegan la invocacion de los santos, y el culto que se debe dar á sus imágenes, formaria una especial controversia dogmática, en que con las armas de la Escritura divina, de la tradicion apostólica y de la razon humana, trataria de evidenciarles su error; y cuando no lograra convertirlos, procuraria á lo ménos convencerlos. Pero teniendo el honor de hablar á un auditorio cristiano, que cree como verdad de fe ser cosa buena, útil y piadosa invocar los santos, á fin de que nos alcancen de Dios por nuestro salvador y redentor Jesucristo lo que le pedimos, haria injuria á vuestra religion en detenerme á mas que manifestaros sencillamente la expresa determinacion del santo concilio de Trento, que en la sesion 15^a dice de esta manera: « Manda el santo concilio á « todos los obispos, y á cuantos enseñan la palabra de Dios, que « siguiendo la tradicion de la iglesia católica y apostólica, reci- « bida desde los primeros tiempos de la religion cristiana, ins- « truyan diligentemente á los fieles, enseñándoles que los san- « tos que reinan con Cristo en el cielo ofrecen á Dios sus ora- « ciones y ruegos por los hombres; y que es cosa buena y útil « invocarlos, acudir á su patrocinio, acogernos á su amparo, é « implorar su socorro, para que Dios nuestro Señor por su « hijo Jesucristo, que es nuestro solo y único redentor y salva- « dor, nos conceda los beneficios que le suplicamos. » Hasta aquí el concilio; cuyas palabras son tan expresas y terminantes,

que no admiten género de duda. Y á la verdad, oyentes, nosotros doblamos nuestras rodillas en la presencia de los reyes para besarles la mano : nos humillamos hasta besar el pié al supremo pontífice de la iglesia : respetamos y veneramos á nuestros superiores políticos, eclesiásticos y domésticos ; y hasta los herejes aseguran que en esto obramos bien, y ellos asimismo respetan y veneran á sus superiores.

Pues valga la razon, si tenemos juicio : si no es idolatría venerar los sugetos de superior carácter que viven con nosotros, ¿ por qué lo será venerar los santos que reinan con Cristo en la gloria? Si los herejes cuando suplican á sus soberanos ó á sus magistrados, estiman por acertado buscar un personaje ilustre que apoye sus pretensiones y haga valer sus súplicas, ¿ por qué nosotros haciendo esto mismo con los santos del cielo hemos de ser reprehensibles? ¿ No veis como no van consiguientes en su modo de pensar? Pero no es extraño : si pensarán con uniformidad, no se apartarán de la iglesia católica, apostólica romana. Por lo que vosotros, á quienes Dios nuestro Señor ha hecho la singular gracia de colocaros en el centro de la religion, sed constantes en vuestra fe, creyendo firmemente que es bueno invocar á los santos, porque ellos saben, quieren y pueden remediar vuestras miserias. Las saben, porque las ven en el espejo clarísimo de la divina esencia : quieren remediarlas, porque su caridad es incomparablemente mayor en el cielo que la que tenían en la tierra ; y pueden remediarlas, porque si, aún cuando vivian en este valle de lágrimas podian favorecernos, ¿ cuánto mejor ahora que se hallan en la gloria? Y así acudid á los santos, invocad á los santos en todas vuestras necesidades y apuros. Clamad á los santos para que os alcancen de Dios el remedio de todos los males y la abundancia de todos los bienes. Pero estad advertidos en no pecar por exceso, atribuyendo á los santos los beneficios que recibís del Señor. Esto nos lo enseña la fe : *Omne donum perfectum desursum est, descendens á Patre luminum* (1) : quiere decir, que todo don perfecto de gracia, de naturaleza ó de gloria viene de Dios ; y así á los santos solo les debemos estos dones en cuanto nos los alcanzan del Señor, en cuanto le piden y ruegan que nos los conceda. ¿ Lo habeis entendido? Pues no lo equivoqueis. Pidamos ahora

(1) *Jac. c. 1. v. 17.*

á Dios que nos conceda por la intercesion de María santísima los auxilios de su divina gracia para hablar dignamente de la gloriosa santa Lucía, y con aprovechamiento de nuestras almas. Saludemos á la Reina del cielo, diciéndola con el ángel : *Ave Maria.*

Qué espectáculo tan admirable y asombroso ! Una doncella jóven, delicada, vergonzosa, y llena de hermosura, sale al encuentro á tres formidables enemigos, cuyos funestos estragos pusieron en bandos el cielo, llenan de horrores y calamidades la tierra, y de infelices prescitos el inferno. ¿ Qué espectáculo, repito, tan digno de nuestras atenciones ! Santa Lucía acomete y rinde, ayudada de la gracia del Señor, á sus pasiones, al mundo y al demonio : á sus pasiones con la oracion y penitencia : al mundo con el desprecio de sus riquezas y de sus máximas y placeres ; y al demonio con la fe y fortaleza cristiana. Aprovechemos los instantes, y escuchadme con atencion.

El hombre en su origen no era, como lo es ahora, un compuesto del bien y del mal, de vicios y de virtudes. Su alma pura, inocente é inmaculada, no se hallaba entónces sujeta á todas las miserias que al presente nos humillan. Dominaba perfectamente sus pasiones con la razon y la ley, sin que se atreviese alguna á perturbar su quietud ó desobedecerle. Era ciertamente el hombre en el estado feliz de la inocencia dueño de sí mismo. Pero en el momento mismo en que se rebeló contra Dios, desobedeciendo á su precepto soberano, sintió tambien en sí mismo la rebelion de sus pasiones : quedó su carne corrompida por el pecado y enemiga de las leyes de su espíritu : quedó su entendimiento lleno de tinieblas, su voluntad impelida de malas inclinaciones, y su corazon rodeado de viciosos apetitos : quedó en fin el hombre como atado para el bien, y horriblemente propenso á todo mal. De este universal trastorno proviene el abuso que hacemos de todas las cosas, sin embargo de habérnoslas Dios concedido para nuestro bien, y para conseguir con ellas nuestra eterna felicidad. Abusamos de las riquezas para ensoberbecernos, de la ciencia para engrairnos, de la pobreza, de la afliccion y del dolor para desalentarnos. Velando ó durmiendo, comiendo ó bebiendo, trabajando ó descansando, siempre tenemos asechanzas que evitar

y tentaciones que vencer. En las visitas que hacemos, en los divertimientos que tomamos, en las personas con quienes tratamos, en las obras que trabajamos, y aun en las ocupaciones que tenemos, aunque sean las mas santas, sentimos lastimosamente la interminable guerra de las pasiones contra la razon y la ley. Ay de mí (decia el apóstol san Pablo, confesando esta verdad) ¿quién me librára del cuerpo de esta muerte? Yo no hago el bien que quiero, y ejecuto aquel mismo mal que aborrezco.

Este es, señores, el primer enemigo que se le presenta á Lucía, y aun parece que le daba nuevas fuerzas el verla criada con caricias y regalos en casa de sus padres, el verla rica, noble y hermosísima, apetejada de muchos, pretendida de no pocos, y en una edad en que la falta de experiencias, la adulacion continua de los que la rodeaban, los pocos años y la fogosidad de la carne y sangre conspiraban á su ruina. Apénas llega... pero atended primero, cristianos, y vereis las armas con que le vence la santa. Apénas, digo, llega al uso de la razon, cuando dando de mano á todas las puerilidades de la niñez, en que tantas almas se pierden cada dia, se dedica con el mas constante estudio al ejercicio santo de la oracion. Allí dirige al cielo las ansias y suspiros de su inocente corazon: allí se derrite en lágrimas y sollozos con la consideracion de las perfecciones de su amado: allí le ofrece el sacrificio de su pureza y limpiísima virginidad con el propósito mas firme de no admitir otros cariños en su alma: allí sola y retirada de las criaturas, oye la voz de su amado, atiende á los divinos llamamientos, escucha las inspiraciones de su Dios que abundantemente la comunica sus dones, sus gracias y sus misericordias: con la oracion consigue no solo sujetar y vencer sus pasiones, sino alcanzar tambien para su madre el remedio de una penosa enfermedad que la afligia. Oraba la santa en compañía de su madre sobre el sepulcro de santa Águeda, en Catanea, á donde habian venido en romería desde Zaragoza de Sicilia, su patria: aparécesele la Santa mártir llena de resplandor, y la habla de esta manera: *Lucia virgo quid à me petis quod ipsa poteris præstare continuò matri tuæ* (1)?

Prodigio grande! Así habla á nuestra incomparable Lucía

(1) *Ecclesia in Officio.*

una santa que estaba ya gozando la vista clara de Dios. ¿Qué me pides, la dijo, bellissima hermana mia Lucía? Entiende que el sacrificio que has ofrecido á Dios de tu limpieza, le ha sido sumamente agradable: el Señor ha oído tus ruegos, ha despachado favorablemente tus súplicas, y ha concedido que por ti misma des á tu madre la salud que á mí pides: *Soror mea Lucia, virgo Deo devota, quid à me petis, quod ipsa poteris præstare continuò matri tuæ?* Reflexionad, cristianos, tan estupendo milagro, miéntras que yo sin detenerme paso á deciros que no porque Lucía se hallase tan favorecida del cielo en su oracion, ya se tenia por segura de su enemigo: no, señores. La santa juntaba á la oracion, al recogimiento y al retiro, la ocupacion continua, la aplicacion al trabajo, la frugalidad en la comida, la parsimonia en el sueño, la honestidad en el vestido, la modestia en el semblante, y la mortificacion continua en su cuerpo. Sabia muy bien la santa que el enemigo traidor de sus pasiones es de aquella especie de contrarios que no se arrojan del alma, como dice Jesucristo, sino con oracion y ayuno. Sabia que la oracion crece poco si la mortificacion no la fomenta, y que jamas llegarán á ser muy fervorosas en la oracion las almas poco mortificadas; y por eso uniendo á su oracion los santos deseos de la mortificacion, y los rigores de una severa penitencia, triunfó con ambas de la porfiada y temible rebelion de sus pasiones.

Este primer vencimiento de Lucía nos confunde. Porque efectivamente nosotros sabemos que la carne es nuestro comun y doméstico enemigo, sabemos que la oracion y penitencia son las armas que dieron á santa Lucía el vencimiento, y nos le darán á nosotros; y sin embargo de tan constantes y verdaderos convencimientos, cerramos los ojos para no ver tanta luz, nos precipitamos en las oscuras tinieblas de la maldad, y dominados de las pasiones nos abrazamos por un breve deleite con los ardores sempiternos. ¿Puede darse, católicos, mas lamentable locura? Os pregunta el gran apóstol san Pablo: ¿qué utilidad habeis sacado de vender al espíritu inmundo el derecho que teneis al celestial patrimonio (1)? Ninguna otra que la pérdida de vuestra fama, la dimunicion de vuestros bienes, la ruina de vuestra salud, y el tener que expiar en una

(1) *Ad Rom. c. 6. v. 21.*